

El Cardenal Belarmino pensaba del mismo modo que la Madre de Chantal. Este docto y profundo teólogo, al cual había escrito San Francisco de Sales (1) para alcanzar por su medio algunas gracias de la Santa Sede en favor de su Congregación naciente, y al cual había coñtado confidencialmente las oposiciones del Cardenal de Marquemont, le respondía: «Quiero daros un consejo que tomaría para mí si estuviera en vuestro lugar. Yo dejaría á esas doncellas y á esas viudas en el estado en que están, sin cambiar nada de lo que está bien hecho. Antes de Bonifacio VIII había religiosas, tanto en Oriente como en Occidente; tenemos por garantes de esto á los Santos Padres, á saber: entre los latinos, á San Cipriano, á San Ambrosio, á San Jerónimo y San Agustín; entre los griegos, á San Atanasio, á San Crisóstomo, á San Basilio y otros muchos. Y estas religiosas no estaban tan del todo encerradas en sus monasterios, que no saliesen fuera de ellos cuando era necesario, y Vuestra Señoría Ilustrísima no ignora que los votos simples no obligan menos y no son de menos mérito delante de Dios que los votos solemnes, pues que la solemnidad, así como la clausura, principió después del decreto eclesiástico del citado Papa.

»Hoy mismo, el monasterio de Señoras Nobles, fundado por Santa Francisca Romana, que floreció maravillosamente en Roma, nos da un ejemplo de ese antiguo uso, porque estas religiosas no tienen ni clausura ni profesión solemne.

»Por lo cual, si en vuestro país las doncellas y las viudas viven tan santamente, y pueden ser tan útiles á

---

ta del Oficio. San Francisco de Sales, que admitía personas de salud delicada y de edad en su Instituto, no quería imponerles más rezo que el del Oficio Parvo de la Virgen. El Ilmo. Sr. de Marquemont veía en esto una innovación peligrosa, y exigía que cantasen todos los días el Oficio divino, lo que era materialmente imposible, é inconciliable con el fin que se proponía el Santo Obispo de Ginebra.

(1) Carta del 10 de Julio de 1616.

las personas del siglo por su caridad y buenos ejemplos sin estar encerradas en clausura, no encuentro por qué se ha de mudar este modo de vivir. No obstante, si otro encuentra mejor dictamen que daros, me someto á él de buena voluntad (1).»

Esta opinión de Belarmino, que San Vicente de Paúl debía muy pronto hacer suya, que la Madre de Chantal apoyaba con toda la energía de su convencimiento, no era tan perfectamente conocida de nadie como de San Francisco de Sales, que comprendía claramente todo su valor.

Evidentemente se había llegado á uno de esos momentos en que la sociedad se transforma, y en que, para atender á las nuevas necesidades, es menester una abundante efusión del espíritu antiguo bajo nuevas formas. El bienaventurado había encontrado una de estas formas, antigua y nueva al mismo tiempo, pues que, conocida de los antiguos, estaba olvidada después de Bonifacio VIII, y al mismo tiempo tan maravillosamente apropiada á las necesidades de este siglo, que ahogada, como vamos á verlo, por la existencia tenaz del Cardenal Arzobispo de Lyon, no tardó en renacer. Así, á pesar de toda su condescendencia, costaba á San Francisco de Sales mucho trabajo el ceder. Le gustaba mucho esta condición humilde y sencilla de su pequeña Congregación, sin clausura, sin votos solemnes, viviendo en humildad y oración, y derramando su corazón en los actos de caridad. Pero, en fin, la insistencia del Cardenal, la especie de amenaza con que concluía su Memoria, y por otra parte, el carácter dulce y condescendiente del Santo, unido á la poca confianza que tenía en sus luces propias, le determinaron, después de muchas discusiones que no conocemos, y que fueron

---

(1) Carta del 29 de Diciembre de 1616, en la colección de *Cartas de San Francisco de Sales*, con esta fecha.

muy largas, á consentir en todo lo que pedía el ilustrísimo Sr. Arzobispo de Lyon. Escribió, pues, en respuesta á la del Cardenal, una Memoria muy curiosa también, é igualmente inédita, que honra mucho al espíritu de conciliación y dulzura del Santo, y no menos á su grande inteligencia, que en todos conceptos y desde todos los puntos de vista merecía haber sido conocida más pronto.

La Memoria principia así: «Respecto á las observaciones que el Emmo. Sr. Arzobispo de Lyon ha tenido á bien comunicar al Obispo de Ginebra, se le suplica humildemente considere estas pequeñitas advertencias, y que vistas y consideradas, tome la determinación que le parezca conveniente, á la cual el expresado Obispo de Ginebra accederá, no sólo humilde y reverentemente, como debe, sino también alegre y cordialmente, con la mayor suavidad.»

San Francisco de Sales manifiesta primero que la erección de su comunidad había sido muy legítima; que la había erigido en su diócesis, sin pensar que debiera un día salir de ella; que le había dado reglas como lo había visto hacer á los Obispos de la provincia de Milán, la más bien disciplinada de las de Italia; que había hecho enteraran de ella á Su Santidad, quien la había aplaudido y concedido bendiciones é indulgencias; por último, que todas las reglas que había establecido las había visto practicadas en muchas congregaciones y cofradías en Roma y en toda la Italia.

Que esta Congregación fuese no sólo legítima—decía el Santo Obispo—sino útil á la gloria de Dios, no podía dudarse, habiendo sido establecida á semejanza de una multitud de congregaciones nuevas y antiguas, fundadas muchas por Santos, y las cuales, todas han producido otros nuevos y grandes Santos; sus miembros, sin embargo, no hacían más que votos simples, salían de sus casas, y aun con sus hábitos religiosos,

sin peligros ni escándalos, y quebrantadores de sí volvían al mundo eran tenidos por apóstatas, como sus votos; pero, no obstante, podían contraer matrimonios válidos, porque sólo los votos solemnes llevaban en sí la invalidez del matrimonio.

En cuanto al servicio de los enfermos, aunque no había sido el fin primero y principal del Instituto, sino creado como ejercicio de devoción, fué mirado desde el principio con gran amor y predilección, no sólo porque por sí mismo es piadoso y agradable á Dios, sino porque las que lo practicaban volvían siempre mejores y más aprovechadas, y esparcían entre el pueblo un grande olor de caridad y dulzura que edificaba mucho.

Considerando, sin embargo, que la clase de vida practicada en la Visitación podría hacerse con mucha utilidad y gloria de Dios en diversas partes de Francia, si se modificaba según deseaba y proponía el Ilmo. Sr. Arzobispo, el Obispo de Ginebra, con todo su corazón, y «sin repugnancia ninguna,» consentía en su establecimiento con título de simple Congregación, bajo la condición de perpetua clausura, como está expresado en el Concilio de Trento, y bajo la dulce y benigna interpretación que, como en Roma, en Italia, y casi en todas partes, deja y permite que entren las doncellas del mundo en los monasterios, cuando desean ser en ellos instruidas, creyendo esto causa muy suficiente; y también podrán entrar las mujeres y doncellas que á ellos quieran retirarse para arreglar y poner en orden sus conciencias, porque ésta es una grande necesidad, y los frutos de estas entradas, mucho mayores de lo que se puede decir. Quería también que pudiesen entrar, no sólo los confesores y los médicos, sino los padres y los hijos, creyendo que esto sería de mucho consuelo para ellos, y aun sin apariencia de peligro, haciéndolo como se debe. En cuanto á las viudas que fuera necesario saliesen algunas veces, con-

sentía de buena gana en que lo hiciesen con vestidos seglares y modestos.

Pero en lo relativo al nombre de la Visitación, que había tomado la Congregación, suplicaba humildemente al Ilmo. Sr. Arzobispo se dignase permitir no lo cambiase, pues bajo este nombre estaba admitida en los Estados de Saboya, se habían hecho varios contratos y muchas escrituras; que el título de la Visitación era muy auténtico, y que, con tal que estuviesen acordes en las cosas, los nombres eran de poca importancia. Lo mismo sucedía con la forma de los votos. El ilustrísimo Sr. Arzobispo podía ponerla á su gusto, aunque la que se había redactado era muy conforme á la de las Congregaciones de la provincia de Milán, si la memoria del Obispo de Ginebra no le engañaba.

En fin, pues que era evidente que el espíritu del Ilmo. Sr. Arzobispo recibiría más completa y agradable satisfacción si esta Congregación se erigía en Orden formal bajo la regla de San Agustín, el Obispo de Ginebra condescendía también en esto, libremente y de buena voluntad, no sólo por el respeto, honor y veneración que debía al gran talento del Arzobispo de Lyon, sino también porque, del mismo modo que el ilustrísimo Sr. Arzobispo de París mudó la simple Congregación de las Ursulinas en religión formal, sin cambiar el fin principal de la Congregación, así también nada impediría conservar el fin de la Visitación, que es el de recibir personas débiles, delicadas ó de edad, el convertirla en religión formal; y en este caso nada habría que decir, pues que no hay duda que la religión formal es mejor para honra de la Congregación y descargo particular del Obispo de Ginebra, que no tendrá necesidad de aquí en adelante de hacer apologías y aclaraciones sobre la Visitación.

El Santo concluía rogando al Ilmo. Sr. Arzobispo de Lyon terminase el asunto lo más pronto posible,

porque por todas partes le pedían las reglas, deseándose la Congregación en muchos puntos. Le aseguraba de nuevo que se encontraba en una perfecta indiferencia, y que aceptaría dulcemente la elección que gustábase hacer (1).

Esta Memoria iba acompañada de una carta del Arzobispo, que terminaba con estas palabras: «Reprimo mis deseos, mirando sólo á la voluntad de Dios y á su Providencia; callo, y cedo á vuestro juicio y consejo» (2).

Al mismo tiempo, para contener el ardor de la Madre Favre, Superiora del monasterio de Lyon, le escribía una carta admirable, representándola que si Dios quería que la Congregación cambiase de nombre, estado y condición, era menester entregarse á su beneplácito; que de cualquier manera que se sirviese á Dios en el Instituto, era menester estar contentos, pues el servicio era lo único necesario, y en agradándole, nada quedaba que desear; que éste era el espíritu apostólico y perfecto; que si la Visitación no sirviese más que para establecer otras muchas Congregaciones de buenas siervas de Dios, sin que ella pudiese establecerse jamás, no sería sino mucho más agradable á Dios, porque tendría mucho menos motivo para halagar el amor propio. «Acerca de los puntos que me propone el Arzobispo—añadía,—y sin los cuales no quiere establecer nuestra pequeña Congregación en su diócesis, le dejo la elección sin reserva ninguna. Es enteramente indiferente que se haga el bien de éste ó del otro modo, aunque confieso que hubiera tenido mucho consuelo en que hubiese quedado en clase de simple Congregación

(1) *Respuesta del Obispo de Ginebra á la Memoria que le fué presentada por Dionisio de Marquemont, acerca de las mudanzas que debían hacerse en la Congregación de la Visitación.* (Archivos de Annecy, manuscrito en 4.º)

(2) *Carta inédita.* (Archivos de Annecy.)

en que la sola caridad y temor del Esposo sirviesen de clausura. En fin, accedo á que establezcamos una religión formal. Pero, querida hija mía, os hablo con toda la sencillez y confianza de mi corazón, hago esto con una dulzura y paz, y aun con una suavidad interior sin igual; y no solamente mi voluntad, sino también mi juicio se rinde gustoso al de este grande y digno Prelado (1).

Así se modificaron los planes de San Francisco de Sales. Aquellas religiosas, que tanto admiraban en Anecy cuando atravesaban las calles llevando pan, remedios, mantas, y á quienes todos los pobres llamaban á la cabecera de sus camas, volvieron á la obscuridad de su convento. Una clausura absoluta, rejas impenetrables las escondieron y ocultaron á todas las miradas; y su voz, que había consolado á tantos pobres en su última hora, ya no resonó sino en el silencio del templo, á los pies de los santos altares. ¿Deberemos sentirlo? La obra de San Francisco de Sales y de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal, ¿perdió en este cambio? ¿Hubiera sido más útil si se hubiera conservado como se pensó y principió? Sin duda es una cosa admirable servir á los enfermos, consolar y aliviar á los pobres; pero, ¿no hay otro medio de servirlos y de aliviarlos que darles pan y remedios? Y esas religiosas, que en el fondo de sus claustros ruegan por los afligidos, se humillan por los orgullosos, se inmolan por los sensuales y se ofrecen en sacrificio por todas las necesidades del mundo, ¿no serán contadas entre las más queridas y afectuosas siervas de los pobres? Por otra parte, ¿no está Dios también abandonado y olvidado como los más pobres? ¿Por qué no había de tener algunas almas que se consagrasen á consolarle, á compadecerse de sus dolores y á hacerle olvidar con sus adoraciones constantes

(1) Cartas de Octubre de 1617.

la indiferencia, la ingratitud y los ultrajes de los hombres? El mundo, es verdad, nada comprende de estas ideas; pero ¿son menos verdaderas porque él las desconozca? Y porque no agrada al mundo ¿se arrancará de los Santos Evangelios la célebre historia de Marta y María? La una, impresionada con la parte humana de Jesucristo, se afana por prepararle pan, vino y cama; la otra, elevándose sobre las cosas terrenas, y no viendo en Jesús sino á un Dios oculto, se sienta á sus pies en un éxtasis de adoración y de amor. Entonces, como ahora, el mundo admiró á la primera, y no comprendiendo á la segunda criticó su conducta. Pero Jesucristo, reformando los juicios del mundo, colocó á María sobre Marta, el servicio de la oración sobre la obra de misericordia corporal, y sobre el cuidado de sus miembros pacientes, menos elevado que la contemplación y adoración de su divinidad.

